

Desde que se le reconoció un lugar en la formación del psicoanalista, la práctica del control ha resultado difícil de ubicar. A partir de los años veinte esta dificultad se ha alimentado con una cuestión atormentadora: ¿cómo asegurarse de que los controladores sean correctamente controlados? El controlador vigila al otro controlador preocupado por encontrar al menos uno que sería el controlador ideal. Lacan procedió de diversas formas para aligerar a su Escuela de tal tortura estructural. En primer lugar operando lo que Colette Soler ha llamado con total acierto una "inversión"¹ lacaniana, así como existe una inversión galileana. Lacan hizo del control una obligación, no para el sujeto, sino para la Escuela que debe responder a la demanda de control que "se impone".² Hizo bascular la prudencia institucional en la dirección de un deber ético. El deseo de demandar un control proviene del interior mismo del discurso analítico, en un punto en que deber y deseo se anudan. A este planteamiento añadiría, por mi parte, que la lógica de Lacan conduce a que sean los controlados los que juzguen a los controladores a partir de un trabajo del que pueden dar cuenta pública. Para comprender mejor la modificación producida en la vida institucional, examinaremos la problemática del control en el seno de la IPA, tal como la presenta Anne-Marie Sandler, actual presidenta de la Sociedad Británica de Psicoanálisis en una obra de reflexión colectiva sobre el *training* publicada en 1983.³ Las reflexiones de A.Sandler resultan ser de lo más pertinentes, pues toman en cuenta las modificaciones en la práctica institucional del control que se habían producido hacía poco en la IPA en Europa. Estos cambios se debieron en gran medida a un antiguo discípulo de Lacan, Jean Laplanche, que trabajó con esfuerzo para que el grupo que contribuyó a fundar juntamente con otros, la APF, tuviera en cuenta las críticas formuladas por Lacan a los institutos psicoanalíticos de la IPA. En el sistema que hizo adoptar ya no existen las listas obligatorias de controladores o de analistas didactas. Cada uno escoge y posteriormente la elección es homologada. Debe señalarse, sin embargo, que sigue existiendo una lista en la APF, la de los analistas docentes. No por azar, sin duda, sus iniciales son AE (analistas enseñantes).⁴ Como quiera que sea, resulta cierto que J.Laplanche tuvo en cuenta las observaciones de Lacan sobre la función de la "lista" en su "Acto de fundación": "Un analista es didacta a partir del hecho de que ha realizado uno o varios análisis que se han revelado didácticos. Se trata de una habilitación de hecho, siempre ha sido así efectivamente, y no implica nada más que un anuario que ratifica los hechos...que el analizante es libre de escoger a su analista".⁵ Considerando la práctica de los franceses, A.Sandler constata que en Europa existen dos tipos de institutos, los cerrados y los abiertos. "En los institutos cerrados, la formación resulta extremadamente controlada, hay un *cursus* de formación con una progresión definida desde la aceptación del candidato hasta la obtención de su título. El análisis didáctico, los controles, las conferencias y los seminarios están perfectamente definidos en el *cursus* y se espera del candidato que progrese de forma regular a lo largo de las diferentes etapas. Hay una norma de progresión de la que ciertos candidatos pueden ciertamente desviarse hasta llegar a convertirse en un problema para los institutos. En las formaciones "cerradas" la selección vital se realiza o bien antes de entrar en análisis o después de un periodo de uno a tres años de análisis. El candidato puede entonces proseguir su *cursus* con una buena posibilidad de validarlo en un tiempo razonable. El instituto se hace cargo de la responsabilidad educativa del candidato. En los institutos "abiertos" corresponde al candidato adquirir las aptitudes necesarias a través de su análisis personal, de los controles, y de la asistencia a seminarios y conferencias. Es su responsabilidad demostrar que se ha convertido en un analista".⁶

He aquí una versión académica de "el analista se autoriza a partir de sí mismo", pero pone de manifiesto al menos que algo se ha movido en las profundidades del gusto de la IPA después de 1964 y la enunciación por Lacan de su principio. La oposición entre cerrado y abierto evita, sin embargo, un punto esencial: la responsabilidad de la Escuela de psicoanálisis en la formación que dispensa. Por más abierto que sea el instituto, por más que se focalice la responsabilidad sobre el candidato, no es menos cierto que "La Escuela, en cualquier momento en que el sujeto entre en análisis, tiene que sopesar ese hecho con la responsabilidad de sus consecuencias que no puede declinar".⁷ Rehuir dicha responsabilidad es algo homólogo a lo que constata Lacan al hacer notar que su término "analizante" había encantado a la IPA Francesa, pues aligeraba al analista de su responsabilidad. Lacan no deseó jamás aliviar ni al analista ni a la Escuela de la parte que les corresponde. Por la formación que dispensa se juzga si una Escuela mantiene o no al psicoanálisis en el lugar que le corresponde en el mundo. Desde este

que dispensa se juzga si una Escuela mantiene o no al psicoanálisis en el lugar que le corresponde en el mundo. Desde este punto de vista, análisis personal, control y enseñanza se encuentran entrelazados. Ninguno de ellos es separable de los demás.⁸ La responsabilidad de la Escuela y de los que quieren hacerla prosperar consiste en actuar de manera que la posición del psicoanalista en relación al psicoanálisis sea la adecuada. En lo concerniente al control ¿de qué se asegura el controlador? En primer lugar de que el controlante hable de alguien diferente de sí mismo. No resulta tan fácil. Basta para constatarlo con que el controlante hable de una serie de casos, se le ve en su posición no con la diversidad, sino con la insistencia de su pregunta. Ya sea la de su indignidad, la de un mismo límite reencontrado o incluso del propio punto de interés disfrazado de pregunta. Dicho con mayor profundidad, hay que asegurarse de que el analista no representa un obstáculo para el análisis. Si nos guiamos por la escritura del discurso del analista, se trata de verificar dos cosas distintas: si el analista hace bien de semblante del objeto *a* y si constituye o no, por sus prejuicios, un obstáculo a que el saber inconsciente se registre en posición de verdad.

Lo que constituye un obstáculo para poder hacer de semblante del objeto es la identificación a la que el analista permanece aún atado. El interés del término "semblante" consiste en que se opone al de identificación. El propio recorrido de un análisis se puede describir como el de un sujeto que entra en análisis con sus identificaciones y al final puede hacer de semblante. Para hacerlo hay que estar desidentificado. Lo que queda no es un sujeto no identificado, como algunos piensan, sino un sujeto que puede hacer de semblante.

Otros discursos han querido abordar el nudo de la relación entre identificación y semblante desde diferentes prácticas. Lacan hizo referencia, a este respecto, a Baltasar Gracián y a su voluntad de "desengaño". El mismo San Pablo se definía como aquel que podía ser "cualquier cosa para cualquier hombre" en la medida en que se había despojado del hombre viejo que había habitado en él. Ser cualquier cosa para cualquier sujeto podría ser una definición del semblante del objeto *a*. Hacer de semblante está íntimamente relacionado con el acto, especialmente en las profesiones imposibles: gobernar, educar, psicoanalizar. Es por ello que Lacan puede considerar que "ser desbordado por su acto" no significa nada, es lo que ocurre generalmente, mientras que "es el analista que va más allá de su acto quien crea la incapacidad que vemos florecer en el jardín de los psicoanalistas".⁹ La verdadera forma de subjetivar el acto analítico consiste en saber que uno no es su autor, que los poderes de la cura no son "nuestros" y que si los subjetivamos de manera falsa, se da curso libre a todas las ilusiones del forzamiento y de la corrección.

En este sentido el acto analítico se opone a la acción. Hacer de semblante responde más bien a la posición del sabio taoísta basada en un no actuar fundamental. Como lo indicaba J-A.Miller en una conferencia en Estados Unidos,¹⁰ Lacan evoca en "Televisión" esta figura del sabio chino al poner en serie las vías de Gracián, de Tao y la del analista. J-A.Miller propone una lectura nueva del término "santo" en "Televisión".¹¹ El analista tiene una vertiente taoísta en el sentido en que Kurosawa nos ilustra esta posición: permanecer inmóvil cuando alrededor de uno todo es movimiento. Hacer de semblante del objeto *a* también es eso: permanecer inmóvil, en su sitio, en su lugar, mientras el significante se desplaza.

Traducción: Eduard Gadea.

Notas:

1. C.Soler, "Standars no standards" en *¿Cómo se analiza hoy?*, Manantial, Buenos Aires, 1984.
2. J.Lacan, "Nota adjunta" en *La Escuela, textos institucionales*, Manantial-Fundación del Campo Freudiano en Argentina, Buenos Aires, 1989, p.12.
3. A.M.Sandler, *Psychoanalytic training in Europe, ten years of dicussion*, The European Psycho-Analytical Federation, Londres, 1983.
4. D.Laurent, "L'IPA en France: deux modes de formation analytique et leurs conséquences" en *Revue de l'École de la cause freudienne* n° 20, París, febrero de 1992.
5. J.Lacan, "Nota adjunta", op.cit., p.11.
6. A.M.Sandler, *Psychoanalytic training in Europe, ten years of dicussion*, op.cit. p.6.

7. J.Lacan, "Nota adjunta", op.cit., p.12.
8. J.Lacan, *Scilicet n°1*, Le Seuil, París, 1970, p.12.
9. J.Lacan, "Discours à l'EPF" en *Scilicet n° 2-3*, Le Seuil, París, 1970, p. 14.
10. J-A.Miller, "A reading of some details in Television in dialogue with the audience", *Newsletter of the freudian field*, vol 4, n° 1-2, 1990, p.11.
11. J.Lacan, "Televisión" en *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977, p.99.